

Volga salvaje (Capítulo 1)

Adrián Lorea

VOLGA SALVAJE



UNA HISTORIA ÉPICA DE LOS COLONOS
ALEMANES EN LA RUSIA DE CATALINA II

ADRIÁN LOREA

Capítulo 1

Lobos. Lobos otra vez.

Se anunciaron con aullidos pavorosos, como nunca antes Anna los había oído. Irrumpieron en la aldea, se abalanzaron sobre sus habitantes. Y los despedazaron.

Entraron en la casa, rodearon a Anna y a sus hijos, cerrando un círculo de colmillos babeantes y ojos de fuego. Anna buscó a su alrededor una escapatoria, sin encontrarla.

Las bestias saltaron sobre ellos, y Anna vio unas fauces abiertas volando hacia su cara...

Despertó empapada en sudor, con el corazón desbocado. Era la segunda noche que sufría la misma pesadilla. En la oscuridad, tanteó en busca del rosario. Se agarró a él y rezó con voz ahogada.

Ya habían pasado cinco años desde aquel invierno de 1769... desde aquel trágico viaje que su esposo emprendiera en trineo. ¿Cómo olvidar la mañana en que un grupo de colonos había encontrado su vehículo volcado, restos de los caballos, jirones de ropa, manchas de sangre en la nieve?

Pero Anna sabía que los monstruos de sus pesadillas nada tenían que ver con aquellos que habían terminado con la vida de su hombre: hacía rato que las imágenes más oscuras, vinculadas con esa calamidad, habían dejado de invadir sus sueños. Lo que ahora venía a perturbar su descanso era de otra naturaleza. Podía presentirlo.

Caminar hasta el río para buscar agua no constituía precisamente un paseo; menos aún llevando una vara sobre los hombros y dos baldes pendiendo de sus extremos, como lo hacían Anna y su hija Katharina. Pero la mañana soleada y apacible lograba que esa tarea se volviera menos ingrata.

Al verlas pasar por la calle principal, los vecinos las saludaban con una inclinación de cabeza. Algunos añadían una sonrisa cordial para la madre y miradas zalameras para la jovencita.

A su edad también yo despertaba esas miradas, pensó Anna, sorprendida

ante una repentina punzada de celos.

El trecho entre la última casa de Mariental y la orilla del Karaman era corto. En el río vieron a muchas aldeanas lavando ropa, mientras sus niños jugaban en la ribera arbolada. Una de ellas se les acercó, y después de saludarlas observó a Katharina y dijo:

—¡Pero cómo crece esta niña!

No la llames niña, lo detesta —le advirtió Anna mentalmente.

En voz alta preguntó:

—¿Cómo estás, Margaret?

—Preocupada, como todos. ¿Te enteraste? Vieron a un grupo de salvajes rondando la aldea.

—¿Qué salvajes?

—Esos que vienen de la estepa.

—Bueno —dijo Anna, desenganchando los baldes de la vara—, los calmucos se acercan a Mariental todo el tiempo...

—No eran calmucos —Margaret meneó la cabeza.

—Puede que sean vagabundos. En los alrededores hay por centenares. Se acercan para mendigar y después siguen su camino.

Anna y Katharina hundieron los baldes en el agua y los sacaron rebosantes. Acordándose de sus pesadillas, Anna dijo con aire ensimismado:

—Nada de qué preocuparse.

—Ojalá tengas razón —dijo Margaret—. En estos tiempos, entre los bárbaros de las estepas y los vándalos que siguen al rebelde Pugachev...

—Se dio cuenta de lo que estaba diciendo cuando Katharina la traspasó con la mirada—. Claro que no todos son vándalos —se corrigió—. Entre ellos también hay gente decente. Como tu hijo Andrew.

—No te preocupes —contestó Anna, indulgente. Cargó sobre los hombros la vara con los baldes, se despidió de su abochornada vecina y caminó con Katharina de regreso a casa.

Anna metió la comida en el horno, se volvió hacia su nuera y, dándose aire con el repasador, dijo:

—¡Qué calor! No es la noche ideal para cocinar esto, pero es uno de los platos favoritos de mis grandulones.

—No les niegas nada —dijo Elisabeth, sonriente.

—Es cierto. Una vive para ellos.

Elisabeth asintió, y en ese momento Anna la notó demacrada. ¿Habría discutido de nuevo con Georg? El hecho de que esa pobre muchacha no pudiera quedar embarazada era un conflicto permanente en ese matrimonio. Georg no podía perdonárselo: siempre que encontraba la ocasión, se lo enrostraba.

Katharina entró en la cocina, y Anna le dijo:

—Pon la mesa: tus hermanos llegarán en cualquier momento.

Un rato después se abrió la puerta y entraron sus hijos. Georg anunció su respetable llegada con un enérgico ¡Buenas noches!, todo en su actitud proclamando la supremacía del primogénito. Lo siguió Johann. Su saludo sonó a un débil eco.

Georg se sentó a la cabecera de la mesa que dominaba la cocina. La cabecera que antes ocupaba su padre. Anna lo recordaba cada vez que Georg se ubicaba en ese sitio: el lugar del patriarca.

Cuando Katharina terminó de poner la mesa y todos se sentaron, Anna sacó la cena del horno.

—*Kraut und brei!* —dijo Johann aplaudiendo al ver la asadera repleta de puré, chucrut, panceta y carne de cerdo.

Anna sonrió ante el festejo y meneó suavemente la cabeza. Ese muchachote estaba por cumplir veinte años y todavía se comportaba como una criatura.

Las campanas de la iglesia tocaron el Ángelus. Luego de santiguarse, Anna rezó:

—Oh, Dios, del que todo tenemos, bendice los alimentos de esta mesa. Te agradecemos por lo que cada día nos das. Amén.

—Amén —contestaron todos, y se sirvieron.

Por un rato solo se oyó el tintineo de los cubiertos en los platos y el rumor del espumante kwas llenando los vasos. La madre disfrutaba viéndolos.

—Hoy —dijo Georg— escuché que Pugachev y sus villanos invadieron otro poblado. Lo habitual: nobles rusos colgados, sus hijas y esposas violadas, saqueos a la orden del día...

Anna se ensombreció. Con voz ronca dijo:

—Katharina, alcánzame la asadera.

—El problema —continuó Georg— es que esa rebelión no para de crecer, y en cualquier momento se convertirá en una amenaza para nuestras colonias.

—No veo por qué —dijo Katharina encogiéndose de hombros—. ¿No es que solo atacan a los nobles rusos?

—Sí —dijo Georg—, pero se abastecen con los saqueos. Y créeme: no querrás ver a tipos de esa calaña golpeando la puerta de tu casa.

—Dicen que Pugachev ya reunió un ejército de treinta mil rebeldes —comentó Johann.

—¡Treinta mil! —repitió Georg con dramatismo—. Sí que logró juntar un buen número de bandidos.

Anna apretó los puños.

—La verdad —dijo Georg—, no entiendo cómo Andrew, habiéndose criado en un hogar cristiano, pudo unirse a esos rufianes.

—Tiene su manera de pensar —murmuró Anna, clavando la vista en el plato.

—¿Manera de pensar? —repuso Georg—. Madre, no veo cómo puedes llamar con tal simpleza al hecho de abandonar el heimat... ¡la propia familia!, para convertirse en discípulo de un cosaco renegado. Yo digo que Andrew perdió la cabeza. Y es una forma de decir... aunque bien sabemos que puede terminar perdiéndola en serio.

—¡Basta! —dijo Anna golpeando la mesa y traspasando a Georg con la mirada.

Durante largo rato comieron en medio de un silencio agobiante. Anna se preguntaba, como tantas veces, de dónde sacaba Georg lo mordaz y

ladino: ninguno de sus hermanos era así. Su difunto padre, menos. ¿No lo habría consentido demasiado desde pequeño, por ser el primero?

Desde la calle llegaron voces de jóvenes entonando un canto alegre. Entre ellas se destacaba una ciertamente disonante.

—Es Gottfried Erlenback —dijo Katharina, acalorada.

—Qué romántico —dijo Elisabeth—. Una serenata.

—Así parece —Georg frunció el ceño.

—Y ni hace falta decir quién es la homenajeadada —dijo Johann, guiñando un ojo a su hermana.

Katharina le hizo un gesto como diciendo “Qué estúpido eres”.

Cuando la serenata se disolvió en la noche, Katharina se levantó apresurada a lavar los cacharros, huyendo de las miradas pícaras de sus parientes.

Georg le dijo a Elisabeth:

—Vamos a descansar, querida. Aprovechemos la ventaja de no tener hijos, y de no tener que trasnochar tratando de dormirlos.

Anna lo observó irse, molesta. Elisabeth lo siguió bajando la mirada. Pobrecita. En comparación con otras veces, la ironía había sido leve. En una ocasión, Georg la había llamado “estéril”, a secas. Elisabeth nunca respondía a esas recriminaciones. Callaba, sumisa.

Excepto Anna, todos se retiraron. Ella no tenía apuro: la esperaba una cama fría, plagada de pesadillas. Del aparador sacó una Biblia y se puso a leer a la luz del candil.

Súbitas ráfagas de viento aullaron junto a la ventana, y Anna las imaginó como una manada de lobos infernales procurando meterse en su casa.

Entrecerraban sus ojos rasgados, esforzándose por traspasar el último velo de tinieblas: la colonia germana apenas se delineaba en la incierta luz del amanecer.

En el silencio, un relincho. Los jinetes se pusieron en marcha, cada uno empuñando su lanza.